

Debates y embates de la politología*

Contemporary politology: a reflection on the limits of some theoretical approaches

Juan Bautista Lucca

Licenciado en Ciencia Política, Doctorando en Ciencias Sociales, FLACSO-Argentina. Investigador CONICET.

Email: juanlucca@hotmail.com

Fecha de recepción: julio 2007

Fecha de aceptación y versión final: noviembre 2007

Resumen

El presente ensayo propone una reflexión crítica sobre las prácticas de los politólogos y los límites de la politología contemporánea. Para ello, reconstruye, en primer lugar, los principales elementos que articulan las nociones de *comunidad científica* de Thomas Kuhn, *campo científico* de Pierre Bourdieu y la de *arenas transepistémicas* de Karin Knorr-Cetina. En un segundo momento, el texto aplica estos conceptos a la ciencia política contemporánea (con especial referencia a su desarrollo en Argentina), tratando así -de forma crítica- de echar luz y develar las sombras sobre las consecuencias de adquirir uno u otro posicionamiento teórico-epistemológico sobre la mencionada ciencia.

Palabras clave: ciencia política, comunidad científica, campo científico, arena transepistémica, Argentina.

Abstract

The aim of this article is to propose a critical reflection on the practices carried out by political scientists and on the limitations of contemporary Political Science. Consequently, the paper reconstructs, in first place, the principal elements that articulate the notions of *Scientific Community* (Thomas Kuhn), *Scientific Field* (Pierre Bourdieu), and *Trans-Epistemic Arenas* (Karin Knorr-Cetina). Secondly, it uses these concepts in relation to contemporary Political Science.

Key words: Political Science, Scientific Community, Scientific Field, Transepistemics Arenas, Argentine.

* Este artículo resultó ganador del Concurso Internacional de Ensayos “La producción de ciencias sociales en América Latina”, convocado por *Iconos, Revista de Ciencias Sociales*, en el marco de las celebraciones de su décimo aniversario así como del cincuentenario de Flacso.

En los últimos tiempos son innumerables los trabajos académicos que se preguntan por el estado actual de la ciencia política, ya sea en relación con la problemática de su estatus como ciencia, la sustancialidad y configuración de su objeto de estudio, los paradigmas teóricos y metodológicos que la configuran, las etapas de institucionalización de dicha disciplina, sus principales influencias y tradiciones. El interés de este artículo reside en retomar esas preocupaciones contemporáneas sobre el presente de la ciencia política, sus prácticas y sus límites, pero reflexionando desde una perspectiva diferente. Para ello, habremos de recurrir a los principales lineamientos teórico-epistemológicos que se han desarrollado en la sociología de la ciencia desde mitades del siglo XX a esta parte, focalizándonos principalmente en tres nociones: la de *comunidad científica* de Thomas Kuhn, la de *campo científico* elaborada por Pierre Bourdieu y, finalmente, el desarrollo de Karin Knorr-Cetina y su noción de *arenas transepistémicas*.

La apelación a estas tres cosmovisiones sobre la ciencia y la labor de los científicos, y su aplicación a la politología contemporánea, nos permitirá entonces reconstruir tres maneras recurrentes de ver e interpretar el mundo, y estar en posición para reconocer las consecuencias (deseadas o no) de adoptar uno u otro punto de vista.

Comunidad científica

“Bastard speculations, half-way theoretical and half-way practical, half-way science and half-way arts”.

E. Durkheim (1890) en Wagner (2001:25)

En primer lugar, para pensar el concepto de comunidad científica -tal y como lo desarrolla Thomas Kuhn- aplicado a los límites de la politología, nos vemos necesitados de recupe-

rar su noción de paradigma, ya que este concepto no sólo es la piedra de toque de su andamiaje conceptual, sino que sirve también -al decir de Latour y Callon (1991)- como pase mágico que permite la síntesis cognitiva y social para abrir nuevos interrogantes, especialmente en relación a los científicos y sus quehaceres. Las definiciones de paradigma son múltiples, englobando de forma genérica a las perspectivas teóricas, reglas y normas compartidas (Kuhn 2006:34) por todos aquellos hombres de ciencia que conllevan la misma práctica científica, capaces de resolver enigmas en torno a ciertas “materias científicas” o temas recurrentes (Kuhn 2006:275) en periodos de ciencia normal, estableciendo de esta manera los pasos seguros -o “ejemplos compartidos”- para todos aquellos que quieran iniciarse en el camino de la ciencia o extender en profundidad su conocimiento. Un paradigma, dice Kuhn, “es lo que comparten los miembros de una comunidad científica y, a la inversa, una comunidad científica consiste en unas personas que comparten un paradigma” (2006:271). Lo que importa retener aquí de esta noción de paradigma es la férrea imbricación entre las dimensiones cognitivas -en tanto forma de concebir el mundo- y social -la forma de organización de los científicos-.

Ahora bien, un primer obstáculo problemático para pensar la comunidad científica de la ciencia política con los términos del propio Kuhn es la falta de consensos pétreos en las ciencias sociales -o al menos tan duros como en las ciencias naturales- sobre la forma de concebir el mundo y de estudiarlo. En esta línea de pensamiento se inscribe el trabajo de Arturo Fernández cuando señala -en uno de los estudios pioneros sobre la ciencia política en la Argentina- que en ella “la pluralidad de paradigmas teórico-metodológicos no se complementan, sino que ofrecen visiones explicativas contradictorias del (mismo) objeto social estudiado” (Fernández 2002: 9).

En este sentido, la gama de perspectivas teóricas de los politólogos son tan cuantiosas que autores como Jerez Mir adjetivan esta ciencia como “multiparadigmática” (Jerez 1999:229), ya que es posible encontrar dentro del núcleo amplio de las teorías políticas que se enseñan en las academias hoy en día, perspectivas susceptibles de ser rastreadas desde la Grecia clásica de Platón y Aristóteles, pasando por las concepciones respecto a “lo stato” del Príncipe en Maquiavelo, el contractualismo del Leviatán hobbesiano, la preservación de la sociedad civil en J. Locke, la expresión de la voluntad general rousseauiana, el Estado como la encarnación de la racionalidad en G. W. F. Hegel, la inversión del Estado hegeliano y la vía hacia el comunismo en K. Marx, los tipos ideales de la legitimidad estatal en M. Weber, la preeminencia del ordenamiento legal en H. Kelsen o del soberano en el Estado de excepción en K. Schmitt, los soviets leninistas y el príncipe moderno gramsciano, sólo por mencionar algunos.

Inclusive, con el rejuvenecer de la disciplina a mitad del siglo XX, tras la Segunda Guerra Mundial, en las academias norteamericanas y europeas advino una nueva ola de configuraciones teóricas que recuperaba enfoques normativos, institucionalistas -como aquellos que exploran miradas constitucionalistas o ligadas a la administración pública-, los nuevos desarrollos institucionalistas que aparecieron a partir de los aportes de March y Olsen, la “revolución” de los enfoques conductistas, la teoría de la acción racional con aportes como los de la teoría económica de la democracia de A. Downs, la teoría del discurso aplicada a la política como en los casos de E. Laclau y Ch. Mouffe, entre otros (cfr. Marsh y Stoker 1997).

Lo interesante de observar este espectro de enfoques politológicos reside en que la marcación de los límites teóricos y disciplinares de la politología contemporánea se vuelve una tarea porosa, múltiple y variable. Este

hecho llevó, por ejemplo, a G. Almond a pensar la ciencia política contemporánea como “mesas separadas” o tribus al interior de la comunidad científica, ya que subsisten dentro de ella diferentes percepciones encontradas sobre el mismo objeto e inclusive relatos disímiles sobre la historia de la disciplina (Almond 1999: 39-52).

Ahora bien, el desacuerdo en términos cognitivos no siempre supuso la fragmentación de la comunidad politológica, ya que -impulsada por la hegemónica academia norteamericana- la UNESCO propugnó en 1948 la reunión de diversos expertos en el área en la ciudad de París, a los efectos de “enumerar aquello en lo que se interesaban, *de hecho*, las instituciones y los hombres dedicados a su investigación y a su enseñanza” (Prelot 2006: 59).

De esta forma, el debate no alentó una definición de la ciencia política en términos esencialistas o teóricos, donde seguramente la discusión habría entrado en un punto sin retorno; el criterio adoptado -congeniando con el argumento de Kuhn- fue demarcar la comunidad de científicos a través de definir sus prácticas compartidas y sus puntos en común. Así, la “lista tipo” elaborada por estos expertos consideró cuatro temas nodales para la ciencia política: a) teoría política, b) instituciones políticas, c) partidos, grupos y opinión pública y d) relaciones internacionales.

Medio siglo después, en el congreso de la IPSA (International Political Science Association) reunido en Buenos Aires en 1991 con el título de “Centers and Peripheries in Contemporary Politics: Interdependence and Power Assymetries”, estos temas fueron redefinidos, agrupados en esta oportunidad como subcampos o subdisciplinas. Esto alentaba una mayor definición de los nodos de la disciplina, mas no así de sus fronteras (siempre cambiantes): a) teoría política e instituciones, b) análisis comparado, c) políticas públicas y d) relaciones internacionales (Jerez 1999: 233).

No obstante, pensar la noción de comunidad aplicada a la ciencia política, supone tener en cuenta las reinterpretaciones posteriores del propio Kuhn sobre lo que es un paradigma y, por ende, recuperar la noción de matriz disciplinar, ya que si bien habrá de dotarnos de mayor claridad conceptual también pondrá a flor de piel las inconsistencias de pensar la politología en este registro. Según el autor de *La estructura de las revoluciones científicas* es “disciplinaria porque se refiere a la posesión común de quienes practican una disciplina particular; y *matriz* porque está compuesta por elementos ordenados de varias índoles” (Kuhn 2006:279-280).

Si bien vimos que existe cierto consenso respecto de los elementos comunes de la práctica de la politología y disenso en la forma de llevar adelante esta práctica, hay un debate que no hemos dado, en el cual la noción de matriz disciplinar es útil para pensar la comunidad científica politológica. Estamos hablando del debate respecto a la ciencia política como una única disciplina. Tomemos como ejemplo, para darle mayor evidencia a nuestro argumento, la multiplicidad de denominaciones que otorgan las carreras de licenciaturas politológicas en Argentina (Lucca 2006). De los 30 planes de estudio consultados¹, en dieciséis (16) casos la carrera se titula “ciencia política”, en ocho (8) casos se uti-

liza el plural del anterior -“ciencias políticas”-, y en cinco oportunidades el título que se ofrece es mixto ya que recupera el componente politológico pero se le anexa “gobierno” (U. Torcuato Di Tella, U. Nacional de Lanús y U. Argentina de la Empresa), “administración pública” o “relaciones internacionales”; por último, nos encontramos con la *rara avis* de nuestra muestra, la licenciatura en “estudios políticos” de la U. Nacional General Sarmiento.

Aquello que alude a la singularidad o pluralidad de dicha ciencia no es un detalle nimio a pasar por alto. Ello obedece a un campo de disputa por el sentido asignado al objeto, su metodología de abordaje, las tradiciones que se basan en dicho argumento, así como también las pertenencias epistemológicas y teóricas dentro del campo politológico. Siguiendo a Schuster (2001:1), “mientras el singular remite a una disciplina única y constituida a la par de otras ciencias en el mapa científico contemporáneo, el plural habla de una disciplina no unitaria, resultante de articular teorías, objetos y métodos diversos, propios de disciplinas como la historia, la filosofía, el derecho, la economía o la sociología”. Schuster aboga por la unicidad o singularidad ya que, en primer lugar, considera que todas las ciencias tienen que construir su objeto y por ende no poseen el objeto como algo dado. En segundo lugar, dicha conformación se realiza a través del uso de una pluralidad de vertientes, pero ello no da cuenta de la subsidiaridad de otras ciencias sino justamente de la multiplicidad de aspectos afines a la política y, por último, porque -al decir de N. Bobbio- hay temas recurrentes o -al decir de S. Wolin- es posible hilvanar una tradición de discurso propio de la *singular* ciencia política.

1 Los planes de estudios relevados son aquellos vigentes al 31 de diciembre de 2005 en las siguientes universidades: 1. U. del Salvador, 2. U. del CEMA, 3. U. de San Andrés, 4. U. de Palermo, 5. U. de Morón, 6. U. de Buenos Aires, 7. U. de Belgrano, 8. U. Católica de Santiago del Estero, 9. U. Católica de Santa Fe, 10. U. Católica de La Plata, 11. U. Católica de Córdoba, 12. U. CAECE (Sede Mar del Plata), 13. U. Argentina J. F. Kennedy, 14. Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, 15. U. Torcuato Di Tella, 16. U. Nacional del Comahue. CURZA, 17. U. Nacional de Villa María, 18. U. Nacional de San Juan, 19. U. Nacional de Rosario, 20. U. Nacional de Río Cuarto, 21. U. Nacional de Lanús, 22. U. Nacional de La Rioja, 23. U. Nacional de la Patagonia. “San Juan Bosco”, 24. U. Nacional de La Matanza, 25. U. Nacional de

Cuyo, 26. U. Nacional de General Sarmiento, 27. U. Empresarial Siglo 21, 28. U. Argentina de la Empresa, 29. U. Nacional del Litoral y 30. U. Nacional de Entre Ríos.

Ahora bien, aunque es cierto que este ha sido el argumento que ha primado en Argentina, o es lo que puede inferirse a partir de ser “la ciencia política” en singular la que predomina en la enseñanza de grado, hay un aspecto que debe ser destacado: la cercanía disciplinar con las demás ciencias sociales. Justamente esta proximidad es la que dificultaría trazar una barrera de abigarrados barrotes entre las proto comunidades que allí pululan. Sólo a manera de ejemplo, nos valemos una vez más de la situación de la enseñanza politológica en nuestro país: 28 de las 30 carreras tienen en común al menos una materia con otras carreras, y como puede verse en la siguiente tabla, son las relaciones internacionales y la sociología.

Valdría mostrar, entonces, si existe una piedra de toque para pensar la existencia de una comunidad de científicos políticos, o advertir en todo caso que se esconden tras aquella piedra innumerables tensiones que imposibilitarían decir -parafraseando a Latour y Callon- que la noción de comunidad científica de Kuhn por fin venció como forma de interpretar la ciencia en general y a los politólogos en particular.

Campo científico

“The English language is an arsenal of weapons. If you are going to brandish them without checking to see whether or not they are loaded, you must expect to have them explode in your face from time to time”.

Stephen Fry, *The Liar*

Recuperando entonces la duda de avistar en el marco de acción de los politólogos y los lindes de su práctica a un todo complejo, enrevesado y conflictivo, es que habremos de valernos de la conceptualización de campo que nos ofrece el sociólogo Pierre Bourdieu. Para ello, nos abocaremos a reconocer en primer

Carreras	Número de Menciones
Relaciones internacionales	10
Sociología	5
Economía	3
Derecho	2
Otros (administración pública, ciencias de la educación, comunicación social, trabajo social, contador público, antropología, historia y administración empresarial)	1

Fuente: Elaboración propia.

lugar los principales argumentos de su propuesta para, finalmente, repensar los avatares del campo de la politología, principalmente desde una perspectiva que nos de cuenta del presente argentino y latinoamericano. El concepto central a tener en cuenta para estos fines es que la noción de campo resulta tan “mágica” o polisémica como la de paradigma en Kuhn, razón por la cual intentaremos focalizarnos particularmente en la de campo científico, entendida de la siguiente manera:

“El campo científico, como sistema de relaciones objetivas entre posiciones adquiridas (en las luchas anteriores) es el lugar (es decir el espacio de juego) de una lucha competitiva que tiene por desafío específico el monopolio de la autoridad científica, inseparablemente definida como capacidad técnica y como poder social, o si se prefiere, el monopolio de la competencia científica que es socialmente reconocida a un agente determinado, entendida en el sentido de capacidad de hablar e intervenir legítimamente (es decir, de manera autorizada y con autoridad) en materia de ciencia” (Bourdieu 2000:12).

Contrariamente al espíritu de cuerpo y comunidad que imperaba en los tiempos de ciencia normal en el imaginario de Kuhn, en

el caso de Bourdieu la ciencia es un condominio más donde la política como disputa por el sentido del orden (Lechner 1994) se hace presente, o bien donde -al decir de Maquiavelo- avistamos la puja entre los científicos (príncipes) por la obtención, acumulación y preservación del poder. Tal como se desprende de la reflexión de Bourdieu, la configuración del campo científico en su totalidad es producto de la puesta en juego de los capitales de los científicos en pos de un mejor posicionamiento dentro del campo (y la estructuración del mismo).

De esta forma, aquellos que por su acervo de poder logran ocupar la topografía central del campo científico, no sólo habrán logrado hacerse de un nombre (y por ende acumular capital válido para dicho campo), sino también estar en condiciones de trazar los límites del mismo (al estar capacitados para asignar valor a aquel capital y por ende estar capacitados para poner en funcionamiento diversas estrategias de conservación del mismo), posicionándose así como dominantes dentro del campo científico (Bourdieu 2000:91). De este modo, toda esta estructuración del campo científico en dominantes-dominados es producto del juego de los agentes pertenecientes al campo (en este caso los científicos) pero solamente dentro del campo, confiriéndole así una cuantía de autonomía vital para su propio devenir. Esta autonomía del campo, no obstante, debe hacer frente -en el caso de las ciencias sociales en general y de la politológica en particular- al desafío heterónimo que adviene con el atravesamiento de dos lógicas de asignación de autoridad, poder y capital simbólico. Así, dice Bourdieu, “desde el punto de vista del grado de la autonomía respecto a los poderes externos, públicos o privados, la ciencia social se sitúa a mitad de camino entre dos límites; por un lado, los campos científicos más ‘puros’, como la matemática (...); por el otro, los campos político o religioso, o incluso periodístico, donde el juicio

de los especialistas está cada vez más frecuentemente sometido al veredicto del número bajo todas sus formas, plebiscito, sondeo, cifras de ventas o audiencia, y que otorgan a los profanos el poder de elegir entre productos que no están necesariamente en condiciones de evaluar” (2000:113- 114).

Queda claro el posicionamiento del autor respecto del choque de la lógica meramente científica o pura -que supone una disputa solamente con las armas que provee la labor científica- y una lógica impura o mayormente política, donde las armas las aportan otros campos, y que romperían el carácter autónomo del campo científico. Es en esta referencia a la impureza que acarrea la intromisión de la política no científica (o bien de toda otra asignación autoritativa de valor) dentro del campo de la propia ciencia, donde encontramos el punto de partida para una peculiar lectura de la “ciencia política”. Dicha perspectiva se encuentra principalmente plasmada en el artículo de Bourdieu “Los doxósofos” de 1971 donde, criticando enconadamente a la politología norteamericana en general y a S. M. Lipset en particular, la acusa de mera realización del “ideal dominante de ‘la objetividad’ en un discurso apolítico sobre la política” (Bourdieu 2000:107), de ser un “arte de devolver a la clase dirigente y a su personal político su ciencia espontánea de la política, adornada de las apariencias de la ciencia” (Bourdieu 2000:130), de ser, en definitiva, “el arte de la finalidad sin fin, de hablar sin decir nada, de hablar para decir algo antes que nada” (Bourdieu 2000:133).

Antes de preguntarnos por el meta cuestionamiento acerca del carácter científico o artístico de la politología, nos resulta provechoso blandir este interesante aparato conceptual del campo bourdesiano para realizar una lectura de nuestra disciplina, fundamentalmente desde una perspectiva internacional ya que, como apunta el sociólogo francés, “el campo de las ciencias sociales ha sido siempre

internacional (...). El campo internacional puede ser el lugar de fenómenos de dominación, hasta de formas específicas de imperialismo. Luego, porque los intercambios -y especialmente los préstamos- se operan con preferencia sobre la base de homologías estructurales de posiciones ocupadas en los diferentes campos nacionales, es decir, casi exclusivamente entre los dominantes o entre los dominados” (Bourdieu 2000:121).

Valiéndonos entonces del andamiaje conceptual que nos ofrece Bourdieu, valdría repensar topográficamente las características del centro del campo (o sector donde se encuentran los dominantes) y las vicisitudes que conlleva el ser científicos periféricos en términos geográficos o dominados en términos políticos. Para comenzar a caracterizar en términos geográficos donde se encuentran posicionados los dominantes o bien el “centro” en la politología internacional contemporánea, la siguiente metáfora que propone Philippe Schmitter resulta esclarecedora: “Los Estados Unidos son vistos por muchos observadores (y especialmente por sus fans) como el jugador que ocupa simultáneamente el rol de director técnico, arquero, goleador y árbitro; mientras que Europa aparece como ocupante del medio campo, y el resto del mundo espera en el banco ser llamado a participar en el juego” (Schmitter 2003: 60).

Si en un segundo momento tuviésemos que reconocer los pilares en los cuales sustentó la academia norteamericana -desde mitad del siglo XX a esta parte- su “imperialismo universal” -en los términos del propio Bourdieu (2000:153)-, estos serían su carácter “1) antiinstitucional y, en el mismo sentido, conductista, 2) progresivamente tan cuantitativa y estadística como fuera posible y 3) dada a privilegiar la vía de la investigación teórica a expensas del nexo entre teoría y práctica” (Sartori 2004: 351).

Si en un tercer momento nos dedicáramos a advertir donde se encuentran los politólogos

del mundo, habría que mencionar que 2 de cada 3 se emplazan en territorio norteamericano; que incluso la cantidad de miembros afiliados a la *American Political Science Association* (APSA) duplica en número a su par europeo, a pesar de que la densidad de población es similar; que el imperio del inglés como lengua oficial de esta ciencia ha servido como canal de transporte para acrecentar el parroquialismo norteamericano, al punto tal que sólo entre un 9 y 10% de las revistas en ciencia política en el *Social Science Citation Index* no son en inglés, y que en las revistas especializadas en inglés el 90% de sus autores son estadounidenses (D. Easton, *et al.*, 1991, P. Schmitter 2003: 66).

Ahora bien, a pesar de tener el árbitro en contra, jugadores inexpertos para el tipo de juego, o bien ser dominados durante todo el partido, ¿qué avatares supone hacer ciencia en la periferia o bien encontrarse dominado dentro de un campo de juego durante todo el encuentro? Para dar respuesta a este interrogante nos valdremos de la propuesta de Hebe Vessuri, quien señala que es en a) los conceptos, b) los temas y c) las instituciones donde se manifiestan con mayor ímpetu los avatares de la periferialidad de la ciencia.

Al cuenta del estado actual de los *conceptos* en contextos periféricos geográficamente y dominados políticamente, debemos comprender que los conceptos son “unidades del pensar” (Sartori 2003:65), “imágenes mentales” (Riggs 1975:47), iconos significantes capaces de galvanizar fragmentos heterogéneos de la realidad, en definitiva “una red que se arroja para apresar fenómenos políticos, que luego son recogidos y distribuidos de un modo que ese pensador particular considera significativo y pertinente” (Wolin 1993:30). Sin embargo, no podemos dejar de reconocer -retomando esta analogía- que existen aspectos que modalizan la pesca, ya que ésta no se realiza siempre de la misma manera, los pescadores no son siempre los mismos, los luga-

res y tiempos de pesca varían, los motivos de dicho esparcimiento también, o incluso -para la problemática de la ciencia en la periferia- hay pescados o formas de cocción de los mismos que se imponen a nivel global.

En los últimos tiempos, la politología -según G. Sartori (1970:1033-1053)- tuvo la necesidad de comenzar a formar conceptos “capaces de viajar”; es decir, aptos para tener entidad exegetica más allá de aquellas fronteras que delimitaban su propio *paese*. El problema que ello conlleva en la relación centro-periferia es, por un lado, la asimetría del viaje conceptual ya que raramente la dirección es periferia-centro y, por el otro, la dificultad de las traducciones conceptuales (principalmente del inglés a los diversos idiomas de destino), ya que someter los conceptos al proceso de traducción “no significa simplemente la búsqueda del vocablo adecuado, sino tener en consideración toda una constelación expresiva” (Ortiz 2005: 33), con lo cual nos enfrentamos al peligro de desbordar -en más de una ocasión- el contexto de producción o bien el concepto mismo.

En la ciencia política, un claro ejemplo de la vida actual de los conceptos lo encontramos al visitar la página del comité de Conceptos y Métodos de la IPSA, donde existe un glosario de *les intraduisibles*², es decir aquellos conceptos -como por ejemplo el de “accountability”- que son cotidianamente utilizados sin importar el contexto de aplicación, con lo cual vemos cómo es posible forzar los dominios de una lengua (en nuestro caso el español) e imponer un sentido mentado para otras culturas, o cómo las ciencias sociales parecen comenzar a sufrir el imperio conceptual de los neologismos.

Respecto a los *temas* de investigación, ya tuvimos tiempo de observar más arriba cómo la generación de la “Lista Tipo” así como

también la división de subdisciplinas generada en Buenos Aires en 1991 son muestras del evidente dominio de la academia norteamericana para colonizar diversas latitudes. Inclusive un ejemplo de la concordancia y aplicación de los temas del centro en la periferia lo dan Leiras, Abal Medina y D’Alessandro (2005), cuando en su estudio sobre la politología en la Argentina afirman que “la agenda temática de la ciencia política que se practica en Argentina es similar a la de los centros universitarios de los Estados Unidos que incluyen a países latinoamericanos dentro de sus estudios comparativos. Las teorías y las técnicas dominantes en el currículum de ese país influyen en las investigaciones y la docencia locales. Esta influencia se manifiesta en la creciente difusión del neo-institucionalismo de inspiración racionalista, los análisis basados en las teorías de la elección pública, de la elección colectiva, de los juegos y las técnicas estadísticas” (Abal Medina, Leiras, D’Alessandro 2005: 81).

Por último, si nos abocamos a realizar una revisión de la *institucionalización* de la ciencia política en la Argentina, observaremos cómo a pesar de su temprano nacimiento (la primera revista especializada en ciencia política en nuestro país es de 1910 -*Revista Argentina de Ciencia Política*-) fueron los avatares del propio contexto político los que le otorgaron un cariz rudimentario, al menos hasta el período abierto en 1983. A pesar de las experiencias precursoras en las universidades nacionales, como por ejemplo la carrera de Licenciatura en Servicio Consular y Servicio Diplomático en la U. Nacional del Litoral en la ciudad de Rosario -que data del año 1920- (Lesgart y Ramos 2002) o la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en Cuyo desde 1939, sólo después de 1955 la ciencia política en nuestro país salió de su estadio de proto-ciencia y de su encierro académico (Fernández 2002). Un claro ejemplo de la vivencia en este nuevo momento fue la creación en 1957 de la Aso-

² Ver http://www.concepts.methods.org/dictionary_intraduisibles.php

ciación Argentina de Ciencia Política, que dos años más tarde impulsaría la reedición por segunda vez de la Revista Argentina de Ciencia Política. Además, gracias a la reforma educativa del presidente Arturo Frondizi, en 1958 surgieron nuevas universidades privadas de ciencia política³, tendencia que se replicó con las universidades públicas a fines de los 60 e inicios de los 70⁴, inclusive en el nivel de postgrado⁵ (Fernández 2002).

A pesar de que el proceso abierto en 1976 imposibilitó continuar con la institucionalización de la disciplina por vías explícitas, la misma se dio de forma velada gracias a la creación de varios centros privados de estudios (FLACSO, CLACSO, CEDES, CICSO, CISEA, DI TELLA, entre otros), o bien de forma elíptica, producto de la salida forzada al exterior de los hombres de ciencia política⁶. En 1983, con un nuevo contexto afín a la disciplina, esta toma nuevos bríos y, por ende, entra en un nuevo estadio de institucionalización con algunos aportes desde la periferia, por ejemplo, al introducir en la agenda politológica la discusión sobre la transitología y la consolidación democrática (Lesgart 2002, Lucca 2007). Asimismo, en esta época de institucionalización de la ciencia en nuestro país, se crearon nuevas carreras⁷ y se funda en 1982 la Sociedad Argentina de Análisis Político - que se reemplazó finalmente en 1995 por la Asociación Argentina de Ciencia Política-

Además, en 1997, se reeditó una vez más la *Revista Argentina de Ciencia Política*.

El traumático camino conceptual, temático e institucional de la disciplina en contextos periféricos como el de la Argentina, ¿nos habilita a pensar en lo periférico del conocimiento científico que allí se genera? ¿O en todo caso debemos plantear que, a pesar de que el encuentro pareciera perdido ya, es posible avistar destellos de *jogo bonito*, ya que las amarras conceptuales, temáticas y teóricas en la periferia serían más débiles que en el propio centro? Sólo una reflexión al efecto, de la mano de P. Schmitter: “para quienes deseen practicar una ciencia política que sea crítica del poder establecido, sensible a la naturaleza distintiva de su objeto de estudio, y capaz de explicar las complejidades de la vida política a la gente real, el consejo es ‘ir al este... y si es posible, cada tanto, al sur’ [donde] podrá cuestionar libremente los presupuestos prevalentes, desarrollar conceptos y métodos innovadores (...) y quizá, incluso influenciar el curso de los acontecimientos políticos” (Schmitter 2003:79).

Arenas transepistémicas

“No hay nada más incongruente que la congruencia suprema”.
Goethe, *Maximen und Reflectionen*

El tercer concepto que hemos seleccionado para trabajar es el de arenas transepistémicas de K. Knorr-Cetina, que supone que “las arenas de acción dentro de las cuales procede la investigación científica (laboratorio) son transepistémicas; esto es, incluyen en principio a científicos y no-científicos y abarcan argumentos e intereses de naturaleza técnica como no-técnica” (Knorr-Cetina 1996:1). Un primer reparo que queremos destacar aquí es que, más allá de concebir el espacio de labor científica atravesado por relaciones so-

3 U. Católica Argentina, U. del Salvador, U. de Belgrano, U. J.F.Kennedy.

4 La licenciatura en diplomacia de la UNL se convirtió en ciencia política, dependiendo de la U. Nacional de Rosario. Asimismo, surgieron las carreras politológicas tanto en San Juan en 1973 como en Mar del Plata en 1970.

5 Por ejemplo, con la instalación de FLACSO en Argentina en 1973.

6 Como por ejemplo Guillermo O'Donnell, Natalio Botana, Marcelo Cavarozzi, Oscar Oszlak, Arturo Fernández, entre otros.

7 U. de Buenos Aires, Universidades Nacionales de Río Cuarto, Villa María, General Sarmiento, General San Martín, Entre Ríos, del Litoral, entre otras.

ciales, en el caso de la mayoría de las ciencias sociales, estas relaciones son la materia prima para constituir su propio laboratorio⁸, y la ciencia política no es una excepción en este punto. En segundo lugar, creemos que el carácter transepistémico sería parte sustantiva y constitutiva de la ciencia política como tal - así como también un nudo problemático de esta disciplina- ya que los aspectos extra cognitivos -especialmente ideológicos y políticos en el sentido lato del término- entran continuamente en juego a la hora de la producción de conocimiento politológico, otorgándole un tinte particular a sus resultados e incluso a las teorías elaboradas.

¿Qué ilumina este nuevo concepto para entender los avatares de la politología que no lo aportaban ni el concepto de comunidad ni el de campo? En términos generales, el aporte de la perspectiva constructivista de la ciencia -del cual Karin Knorr-Cetina es una de sus exponentes- tiene en cuenta no sólo la ciencia hecha, sino también -al decir de Bruno Latour- la ciencia mientras se hace. Ello otorga mayor relevancia a los diversos criterios utilizados para la resolución *sobre la marcha* de los problemas que se nos presentan en la investigación, así como también a la forma en que hacemos lo que hacemos.

Puntualmente, en cuanto a la noción de comunidad, la noción de arenas transepistémicas alerta que la estructuración del escenario de labor de los politólogos no se configura solamente sobre la base de un *enfoque de congruencia* o de *similitud desde el exterior* (Knorr-Cetina 1995: 187 y Knorr-Cetina 1996:15) anclado en las matrices disciplina-

res como diría Kuhn, sino que existen en la constitución y aceptación del conocimiento un aspecto conflictivo -que el propio Bourdieu resalta- en el cual pueden confluir lógicas de producción de conocimiento que puedan exceder lo meramente científico, y que resulta en este punto la estocada principal a la noción de autonomía de los campos que proponía el sociólogo francés. La crítica que presenta la autora a ambos pensadores es que, en el pasaje de Kuhn a Bourdieu, lo que ha sucedido es que “las comunidades científicas se han transformado en mercados en los cuales los productores y clientes son de igual forma colegas de una especialidad (...) Los científicos, por cierto, se han vuelto capitalistas, pero aún son tratados como si estuvieran aislados en un sistema de auto-contenido y cuasi-independiente” (Knorr - Cetina 1996: 8). Es entonces este componente transepistémico de la labor científica, esta multiplicidad de lógicas de juego (intra y extra científicas) que convergen diariamente en la labor cotidiana del cientista, el elemento que rompería con la visión del límite micro-macro, en definitiva, con los lindes *proprios* (según Kuhn) o *puros* (según Bourdieu) de la propia ciencia.

Ahora bien, al repensar el concepto de arenas transepistémicas para la politología, nos aventuramos a decir que este elemento -muchas veces negado- sería parte constitutiva de nuestra disciplina, del cual el siguiente fragmento es una muestra clara: “Todavía se encuentra generalizada la idea de que un político se hace en la lucha de cada día. Lo curioso es que a nadie se le ocurriría pensar que para aprender álgebra lineal bastase con pasear todas las tardes con un matemático en peripatética actitud. Un síndrome parecido afecta a la ciencia política (...) donde, además, es muy fácil que los deseos reemplacen a la razón y la evidencia” (Alcántara 1994:11).

Sustentando esta misma racionalidad, Gabriel Almond se aventura a dividir al conjunto de los politólogos en dos dimensiones.

8 La noción de “laboratorio” no tiene la misma connotación y denotación que en las ciencias naturales, ya que es habitual entre los científicos sociales en general y los politólogos en particular que la realización de gran parte de sus aportes cognitivos a la disciplina se realicen en soledad, contrariamente a las ciencias naturales, donde la labor de un cientista se realiza generalmente dentro de un colectivo dedicado a la investigación de una temática X.

La primera, entre duros y blandos, que responde a un corte teórico-metodológico, y la segunda, una escisión entre politólogos de derecha e izquierda, acorde a la dimensión ideológica en la cual inscriben su análisis (Almond 1999), dando por sentado la influencia de una *episteme* diferente a la meramente cognitiva a la hora de producir conocimiento de tipo politológico. El punto de corte entre lo político y lo científico es muy endeble, y se pueden adoptar innumerables posturas, ya sea que nos posicionemos anhelando la pureza de la ciencia respecto de la política (como es el caso de Bourdieu) o bien aceptando tener que lidiar con la hibridación de ambas esferas en una misma arena (como es el caso de Knorr-Cetina).

Lo que no podemos negar es que esta disyuntiva ha sido parte constitutiva de la politología contemporánea, y de ello dan cuenta tanto los debates en torno a la denominación del cientista político, como los embates entre las dos grandes tradiciones que esquemáticamente han pensado a la ciencia política en su conjunto. Respecto al primer punto, y a manera de ejemplo, nos valdremos de las vicisitudes de la ciencia política en la academia alemana a mediados del siglo XX, ya que la misma es un fiel retrato de los intentos de cientificar (o despolitizar) los vocablos que denominan la labor del hombre de ciencia política, y hasta qué punto esto es una construcción.

Por un lado, los intentos de post guerra de realizar la traducción literal de la expresión inglesa ciencia política (*political science*) por el vocablo alemán *politische Wissenschaft* resultaron inconducentes ya que este poseía un matiz peyorativo, dable de ser entendido como “ciencia politizada”, que era justamente el cariz que querían evitar los universitarios alemanes tras el régimen nazi. Pero, por el otro lado, la denominación “ciencia de la política” (*Wissenschaft der Politik*) cayó en desuso porque aludía a las ciencias al servicio de la polí-

tica e, incluso, porque imposibilitaba designar al cientista que oficiaba en este medio, ya que la palabra político (*Politiker*) indicaba a quien practica la política, a quien era parte del gobierno (Prelot 1961:13), razón por la cual, finalmente, evocaron la raíz latina para superar esta disyuntiva, construyendo así el vocablo que en español conocemos actualmente como politología (*Politologie*).

El segundo elemento donde la tensión entre lo político y lo científico se hace evidente podemos encontrarlo en las diferencias entre las dos grandes tradiciones politológicas, aquellas que la entienden como “la ciencia del gobierno de los Estados” y quienes la consideran como “el estudio de los principios que constituyen el gobierno” (Prelot 1964: 9). Es decir, entre quienes realizan sus estudios para adquirir el saber-hacer del gobierno, y aquellos que observan desde la academia cómo el gobierno es llevado a cabo. Estas dos tradiciones se inscriben claramente en la cesura entre la academia anglosajona (empirista) y la academia europea continental (filosófica). Esta última tuvo como primera institución a la Escuela Libre de Ciencias Políticas surgida en 1871 en Francia- que se dividió en dos instituciones fundamentales: la Fundación Nacional de Ciencia Política y el Instituto de Estudios Políticos de París, el cual sentó las bases de la Ciencia Política ligada a *estudios* más bien filosóficos y jurídicos. En el caso de sus pares anglosajones de la London School of Economics (1895), Columbia (1880) y John Hopkins (1883) tenían como finalidad enseñar economía y ciencia política ligadas a las funciones de gobierno.

Inclusive esta distinción de tradiciones supone en los últimos tiempos un contraste de métodos, entre aquellos más ligados a metodologías cuantitativas, aplicaciones económicas para teorizar la política (principalmente ligados al *rational choice*) que podríamos -valiéndonos de la metáfora popperiana de las nubes y los relojes- como el “modelo cientifi-

cista del reloj” y aquellos que proponen recuperar lo irregular, impredecible, desordenado, el atravesamiento de diversas lógicas en la producción politológica que inscribiríamos dentro del “modelo nubes” (Popper 1972).

Conclusión

“Ver lo preciso, ver lo iluminado.
No la Luz”.
Goethe, *Pandora*

A manera de colofón, debemos señalar que la pretensión de este ensayo no estaba en abogar por la primacía del uso de alguna de estas tres nociones que hemos presentado escuetamente, sino más bien, en hacer uso de las mismas para repensar las vicisitudes de la politología contemporánea, tratando, tal como lo apunta el epígrafe, de reconocer aquellos aspectos que ilumina cada uno de estos conceptos y, por contrapartida, buscando explicitar las sombras que su uso arroja. Si la noción de comunidad científica de Kuhn nos ha servido para encontrar los puntos de consenso, de cierta homogeneidad en la ciencia política contemporánea, aquellos intersticios en los cuales la aplicabilidad de este concepto mostraba reiteradas falencias, fueron grietas importantes a través de las cuales -gracias al uso del concepto de campo científico- logramos advertir la enrevesada trama conflictiva por la dominación y construcción de la autoridad dentro de los límites del campo -en este caso una disciplina-, y cómo estos sirven incluso de estructuradores a nivel global. Por último, la noción de arenas transepistémicas de Knorr-Cetina no sirvió para advertir que la complejidad de la labor del politólogo no sólo es una resultante de la acción en relación a sus recursos y sus pares, sino también producto de la multiplicidad de lógicas que imperan en la práctica cotidiana de la ciencia política (inclusive aquellas de índole ideológico y político) que exceden lo meramente cognitivo.

En este claroscuro de la reflexión sobre la politología contemporánea, sus lindes, debates y embates entre posicionamientos teóricos, metodológicos o políticos, debemos ser conscientes que, como dice Czeslaw Milosz, “la imagen que tengo de mí crece y se agiganta en la pared; y frente a ella, mi sombra miserable”, por lo cual es necesario a la hora de repensar nuestras prácticas, recuperar una postura crítica y plural de análisis, que ha sido en definitiva el objetivo que en este ensayo -con aciertos y errores- hemos perseguido.

Bibliografía

- Abal Medina, J., M. Leiras, D’Alessandro, 2005, “La ciencia política en Argentina: el camino de la institucionalización dentro y fuera de las aulas universitarias”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 25, No. 1, ISSN 0718-090X, Chile, pp.76-91
- Alcántara Sáez, Manuel, 1997, “Cuando hablamos de ciencia política, ¿de qué hablamos?”, en *Revista Uruguaya de Ciencia Política* No 17, Fundación de Cultura Universitaria, Instituto de Ciencia Política. Montevideo, pp. 9-33.
- Almond, G., 1999, *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes de la ciencias políticas*, FCE, México.
- Bourdieu, Pierre, 2000, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires.
- , 2000, *Los usos sociales de la ciencia*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Cueto, M., 1989, *Excelencia científica en la periferia Lima*, Grade, Lima.
- Fernández, A., 2004, *Estudios de política comparada. Perspectivas, experiencias y debates*, UNR, Rosario.
- , 2002, “El desarrollo de la ciencia política en Argentina”, en A., Fernández y otros, *La ciencia política en Argentina. Dos siglos de historia*, Ediciones Biebel, Argentina.

- , 2001, “Entrevista”, en *Revista de Reflexión y Análisis Político* No. 7, mayo, Argentina.
- Jerez Mir, M., 1999, *Ciencia política, un balance de fin de siglo*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
- Marsh, D., y G., Stoker, 1997, *Teoría y métodos de la ciencia política*, Alianza Editorial, Madrid.
- Knorr-Cetina, K., 2005, *La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia*, UNQ, Buenos Aires
- , 1996, “¿Comunidades científicas o arenas transepistémicas? Una crítica de los modelos cuasi-económicos de la ciencia”, en *Redes*, No. 7. Vol. 3, UNQ, Buenos Aires, versión digital no numerada.
- , 1995, “Los estudios etnográficos del trabajo científico: hacia una interpretación constructivista de la ciencia”, en Juan Manuel Iranzo, compilador, *Sociología de la ciencia y la tecnología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Kreimer, P. y H. Thomas, 2004, “Production des connaissances dans la science périphérique: une explication du phénomène CANA”, en J., Meyer, y M., Carton, *Development through knowledge? A new look at the global knowledge-based economy and society*, IUED, Ginebra.
- Kreimer, P., 2001, “Ciencia y actores sociales: la ruptura de los modelos lineales y sus implicaciones éticas”, en VV.AA. *Ciencia y Ética*, UNC, Córdoba.
- , 2000, “¿Una modernidad periférica?, La investigación científica entre el universalismo y el contexto” en D., Obregon, D., compilador, *Culturas científicas y saberes locales*, CES/Universidad Nacional, Bogotá.
- , 1999, *De probetas, computadoras y ratones. La construcción de una mirada sociológica de la ciencia*, UNQ, Buenos Aires.
- , 1998 “Understanding Scientific Research in the Pheriphery: Towards a new sociological approach”, en *EASST Review*. Vol 17, No. 3.
- Kuhn, T., 2006, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Argentina.
- Laclau, Ernesto, 1997, “Deconstrucción, pragmatismo y hegemonía”, en *Ágora, Cuaderno de Estudios Políticos*, No. 6, Andrés Bello, Buenos Aires.
- , 1996, *Emancipación y diferencia*, Editorial Ariel, Buenos Aires.
- Latour, B. y Callon, M., 1991, *La science telle qu'elle se fait*, Editions de La Découverte, Paris.
- Lechner, Norbert, 1994, “Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo”, en *Nueva Sociedad* No. 130, Venezuela. pp. 263-279
- Lesgart, C. y Ramos, M. J., 2002, “La temprana creación del estudio universitario de la política en Rosario. Itinerarios institucionales”, en A., Fernández, y otros, *La ciencia política en Argentina. Dos siglos de historia*, Ediciones Biebel, Argentina.
- Lesgart, C., 2002, “Ciencia política y producción de la idea de transición a la democracia. La reorganización de un campo de conocimiento”, en A., Fernández, y otros, *La ciencia política en Argentina. Dos siglos de historia*, Ediciones Biebel, Argentina. pp. 76-91.
- Lucca, Juan, 2007^a, “Vicisitudes e itinerarios de los conceptos. Peripicias del control del *demos* y eventualidades de la accountability del *kratos*”, en *Revista Temas y Debates* No. 12, UNR, Rosario.
- , 2007^b, “Transitología, consolidología y...whats?”, en *Revista Utopía*. No15, UNER, Paraná,
- , 2006, “Evaluando la enseñanza politológica en la Argentina contemporánea. Análisis comparativo de 30 carreras universitarias”, en Ricardo Suárez, compilador, *La ciencia política en la Argentina*, Buenos Aires, U. del Salvador.

- Ortiz, R., 2005, *Mundialización: saberes y creencias*, Gedisa, Barcelona.
- Pasquino, G., 1997, “La ciencia política aplicada: la ingeniería politológica”, en *Revista Argentina de Ciencia Política* No. 1, Eudeba, Argentina.
- Popper, K., 1972, “Of clouds and clocks: an approach to the problem of rationality and the freedom of man”, en K., Popper, *Objective knowledge: an evolutionary approach*, Clarendon Press, Oxford.
- Prelot, M., 1964, *La ciencia política*, Eudeba, Buenos Aires.
- Riggs, F., 1975, “The definition of concepts”, en G. Sartori, F. Riggs y H., Teune, *The tower of Babel, International Studies Association*, Estados Unidos.
- Rosanvallon, P., 2003, *Por una historia conceptual de la política*, FCE, Buenos Aires.
- Sartori, G., 2004, “Hacia dónde va la ciencia política”, en *Política y Gobierno*, Vol. XI . No. 2, II Semestre 2004, España, pp. 9-13
- , 2003, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Schedler, A., 2000, “Neo Institucionalismo: ¿qué es una institución?”, en Baca Olamendi y otros, *Léxico de la política*, FCE, México.
- Schmitter, P., 2003, “Siete tesis (disputables) acerca del futuro de la ciencia política ‘transatlantizada’ o ‘globalizada’”, en *Revista Post Data*, Septiembre, Buenos Aires.
- Schuster, F., 2000, “La singularidad de la Ciencia Política”, *Revista El Politólogo*, Argentina.
- Shinn, T., 2002, “La triple hélice y la nueva producción de conocimientos como nuevos campos socio cognitivos”, *REDES* Vol. 9, No. 18, UNIRED, Argentina, No 191-211.
- Vessuri, H., 1983, “Consideraciones acerca del estudio social de la ciencia”, en E., Díaz, Y., Texera y H., Vessuri, compiladores, *La ciencia periférica. Ciencia y sociedad en Venezuela*, Monte Ávila y CENDES, Caracas.
- Wagner, Peter, 2001, *A History and Theory of the Social Sciences*, SAGE, London.
- Wolin, S., 1993, *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Amorrortu, Buenos Aires.